

LA PAMPA: FÁBRICA DE FORTUNAS Y MUERTE: LA GEOGRAFÍA DE LA MUERTE EN EL LIBRO NORTE GRANDE, DE ANDRÉS SABELLA*

Miguel MANSILLA**

- **RESUMEN:** El libro Norte Grande es vínculo elocuente entre Naturaleza-Trabajo- Sociedad. Aunque la sociedad es una fantasmagoría opresora y excluyente. El autor se preocupa de describir con fluidez la relación entre naturaleza y trabajo, las cuales generan un conflicto identitario. Por un lado Pampa y el pampino, por otro lado está el obrero y la fábrica. A simple vista la obra se ve como un determinismo telúrico, pero en realidad es una apología al roto pampino (obrero minero). Destaca la capacidad que tiene el hombre, de luchar hasta la muerte, frente a las adversidades de la naturaleza y de la sociedad. Es un conflicto en el que el pampino está sólo: sin Dios y sin Estado. Pero el obrero pone a disposición sus dos grande recursos: su cuerpo y su espíritu; su hombro y su corazón y su picota y su fe. Esta obra es una verdadera cartografía de la vida y muerte del pampino en el desierto del Norte Grande.
- **PALABRAS CLAVE:** Desierto. Pampa. Pampino. Roto. Muerte. Fábrica.

Introducción

La literatura tiene interés para las ciencias porque es un producto social, pero también porque se reflexiona sobre un contexto social y geográfico en particular, con cierta problemática específica, que puede pensarse como un problema sociológico y/o geográfico relevante¹. Desde una visión sociológica nos hemos propuesto como

* Agradezco a la Vicerrectoría de Investigación, Innovación y Postgrado de la Universidad Arturo Prat por el financiamiento a un Congreso Internacional, que dio como resultado este artículo.

** Universidad de Arturo Prat. Instituto de Estudios Internacionales (INTE). Iquique - Chile. mansilla.miguel@gmail.com.

¹ Dado el espacio de esta trabajo no podemos hacer una introducción del significado e importancia que adquiere la Sociología de la Novela, pero se puede revisar autores como: Georg Lukács (1966); Lucien Goldmann (1971); Robert Escarpit (1965); Karl Marx y Frederick Engels (1968); Theodor Adorno (1962); Erich Auerbach (1975); Mijail Bajtin (1977, 1978); Edmond Cross (1986); Juan Ignacio Ferreras (1980); René Girard (1985); Pierre Bourdieu (1989/1990); Jorge Riezu (1993).

Artigo recebido em 31/10/2014 e aprovado em 25/11/2014.

objetivo en este artículo en hacer un análisis del vínculo de la muerte con la geografía en el libro *Norte Grande* de Andrés Sabella publicado en el año 1944. Una novela monumental de donde se puede extraer un sinnúmero de temáticas. Entre todas ellas nos motiva la geografía de la muerte. Frente a ello nos hemos propuesto como objetivo conocer las representaciones que elabora Sabella al vincular espacio y muerte. La idea es interpretar las descripciones de estos espacios vinculados a la muerte; cómo los pampinos enfrentan estos espacios mortales y mortíferos.

De todos los escritos de Andrés Sabella, *Norte Grande*² es una de sus obras que ha sido más elogiada. Es una “[...] novela que corporiza e ilumina el drama de una geografía implacable y voraz, pero tentadora y pasional” (YANKAS, 1963, p.37). Lastra (1989, p.12) dice que “[...] la importancia de este libro es que el escritor conoce en plenitud todos los bordes de aquellos seres cuyas vidas han estado marcadas, muchas veces, por el trabajo duro y mal remunerado, y además por el infortunio”. Se destacan aspectos topográficos, bélicos y hostiles (BLANCO, 1989). La grandeza de la novela *Norte Grande* es que permitió darle un nombre a la macro zona norte y a la imagen del desierto que “[...] impactó a jóvenes del sur que viajaron a visitar este norte acariciado por la soledad de sus desiertos” (MONTERREY, 2004, p.9). Por ello, la obra de Sabella es considerada como un clásico en la literatura chilena. Por otro lado, José González, quien conoce bien los trabajos y la persona de Sabella, destaca que “*Norte Grande* es una forma nueva de novela, que rescata el valor testimonial; la novela se sitúa en la tensión Naturaleza v/s Humanización, donde es posible visualizar la pampa desde la tridimensionalidad de lo genésico, de la dialéctica y de la simbólica” (GONZÁLEZ, J., 2002, p.55). La obra de Andrés Sabella significa

[...] un conocimiento del obrero salitrero, su causa por los “otros” no considerados por la sociedad, que lo condujo a romper determinados estereotipos en nuestra literatura; haciendo un esfuerzo, por comprender la formación humana del obrero pampino, como sujeto social admirable. (GONZÁLEZ, J., 2003, p.38)³.

A pesar de todos los elogios que reciben los escritos de Sabella, y en particular su novela monumental, *Norte Grande* (SABELLA, 1997), no existe estudios o interpretaciones de uno de los temas más importantes de la obra: la muerte y su vínculo con el espacio o la geografía de la muerte. La muerte es un tema recurrente en los literatos de la llamada Generación del 38: María Luisa Bombal, Volodia

² Cf. Milton Rossel (1947); Mario Bahamondes (1960); Mauricio Ostría (1962); José Isaacson (1963); Gómez, (1988). Sin embargo para ver los distintos autores que han realizado un abordaje de la obra de André Sabella se recomienda ver a: Mauricio Ostría (1972) y J. González (2007).

³ Encontramos otros trabajos donde González hace referencia a la obra de Sabella. Cf. J. González (1998, 2007, 2009).

Teitelboim, Nicomedes Guzmán o Andrés Sabella. En Chile encontramos varios autores⁴ que trabajan el vínculo de la poesía con la muerte. No obstante son pocos los trabajos que analizan el vínculo entre la novela chilena y la muerte, por un lado y por otro, la muerte y el espacio. Entre ellos encontramos a Katia Lizana (1994), quien hace un minucioso análisis de la novela “La amortajada”, de M. Luisa Bombal, que se desenvuelve en torno a una serie de momentos y retazos de la vida de la protagonista, los cuales se presentan como recuerdos enunciados por ella misma, muerta, amortajada, en el momento de su propio velatorio, una visión trágica de la vida de la protagonista, que se fue conformando por la soledad, la incomunicación, y el silencio.

La geografía de la muerte en Norte Grande (1997).

Andrés Sabella hace una sombría descripción de la Pampa, como tierra de muerte y miseria y su libro es una elegía al Pampino. Por esta razón, hemos estimado pertinente referirnos separadamente a cada uno de los aspectos en los que vincula muerte y espacio: La pampa: lugar de muerte; el desierto: una prórroga de la muerte; Norte Grande: empuñadura de la muerte; el desierto: arenas de matanzas; la fábrica pampina: un lugar donde se muere trabajando; la Pampa: la muerte fértil y lúdica; y Norte Grande: la conciencia de la muerte.

La pampa: lugar de muerte

“La pampa abierta [...] no es posible que nada se esconda a los ojos de la muerte [...] La tierra es seca. Un gris de olvido se escapa de las grietas. Y el desierto se queda plano, liso, macabro [...]” (SABELLA, 1997, p.17). Es una visión panóptica de la muerte, donde es imaginada como una presencia ubicua, imponderable e inexorable. Hay una confabulación entre desierto y muerte que resulta macabra, diabólica, horrorosa.

La muerte, como entidad omnipresente, se manifiesta no sólo en el yermo, sino en la máxima expresión de éste: las piedras: “[...] piedras: semillas del horror. Piedras para que la muerte marque su camino. Piedras que la sangre pinta, como terribles manzanas de una Hespérides muerta” (SABELLA, 1997, p.18). En el día, la muerte acecha a través del sol, y en la noche, en el frío: el ocaso es sólo una ilusión, como muchos aspectos del desierto.

⁴ Cf. Gilberto Triviños y Pedro Aldunate (2006); Javier Campos (1987); Carlos Belli (1989); Enrique Lihn (1989); Oscar Galindo e Oscar (2000); Gilberto Triviño (2007); Cristhian Espinoza (2000); Gilberto Triviños (1993).

Sabella destaca un fenómeno que se da en los cementerios oficiales y/o improvisados de la pampa, donde los cuerpos son sepultados y, con el pasar de los años, el viento va removiendo la arena que cubría esos cuerpos. Entonces, el sol y el calor van quemando y blanqueando los huesos: “[...] en la Pampa, la muerte es una cosa blanca y sin olor. Los cementerios pampinos la retienen... Los muertos en la pampa ‘no mueren’: aquí, la muerte no es disolverse... los cadáveres permanecen intactos [...]” (SABELLA, 1997, p.163). Una vez que la muerte se ha apoderado de la vida, aparentemente pierde su horrenda presencia.

La presencia de huesos blancos, sin saber si es de humanos o animales, mientras se camina por el desierto, hace que, a pesar de la pureza cadavérica, la muerte se presente como más impetuosa:

Y en los cementerios de la pampa, los muertos enteros, como vestidos para una tertulia feroz, comprenden que doloroso es no descansar en la difuminación de la carne. Su pelo crece, sus uñas... una hoja de árbol, las orejas escuchan... los ojos sufren con la visión de un solo horizonte, y la boca... no pronunciará más palabras [...]. (SABELLA, 1997, p.163).

Sabella, al igual que un experto en tanatopraxia, habla de la lividez y rigidez cadavérica a la que están sujetos los cuerpos sin vida, sobre todo en el desierto donde, aunque el sentido de la muerte es descansar, aún en su muerte el cadáver no descansa, tanto por el proceso de lividez como por el tronar permanente del sistema fabril del salitre. “En el desierto no cabe el olvido... los muertos cobrarán su cuota de amor y saldrán secos, íntegros, con la elocuencia tremenda de la conciencia, a recordar a los vivos que ellos reposan allí no más... viviendo el verdadero exilio del cielo [...]” (SABELLA, 1997, p.163). Es decir que no sólo el viento, sino también los estruendos hacen que los cadáveres se destapen, y la muerte se constituye una vez más en una conciencia ubicua que, al igual que en el Medioevo, es como un “recuerda que vas a morir”.

Pero ¿qué hechiza a los hombres para que caminen una y otra vez por los senderos de la muerte? Son las riquezas que el desierto aguarda en sus fauces, como dragón que protege una princesa. Alguna vez fueron la plata, el guano; ahora es el salitre.

La pampa fue una fábrica de fortunas y de muertes. La pampa, ¿es un veneno sin ‘contra’? Lentamente, cae, gota a gota, en sus criaturas indefensas. Y la muerte la concede [...]. De este modo, se explican las mayores crueldades. De ahí surgió el viejo pampino, el que se crió en medio de la boca de la muerte [...]. (SABELLA, 1997, p.164, p.168).

Pero la fortuna no es para todos. Para Sabella, la Pampa tiene ese extremo abismal: es una fábrica de fortunas para los patrones y una fábrica de muertes para los obreros.

Un elixir de vida, una fuente de juventud para los patrones y un veneno, un ungüento de muerte para los obreros. En esta geografía mortuoria nace el carácter del pampino, hombres y mujeres que conviven con la muerte.

El desierto: una prórroga de la muerte

El agua en el desierto, aunque suene como una perogrullada decirlo, es un tesoro. Las piedras, como signos visibles de la muerte, brillan como el agua rememorando al aventurero:

[...] el hada de los gestos que enrojecen a la muerte, el espíritu de las piedras que enardece los labios y los vuelve dos miserables alas de blasfemias. Camina casi como un espanto, alzándose del suelo, a ras de las bocas de los moribundos...es el ángel maldito que talla urnas de fuego en las gargantas [...]. (SABELLA, 1997, p.329).

El explorador insoslayablemente tenía que cruzar aquel desierto ardiente donde el calor puede llegar a los 50°, más el calor de la arena y con el fantasma de la sed acompañándolo sin tregua.

Continúa relatando Sabella (1997, p.33): “[...] última sombra sobre los agónicos, dueña de la mirada final de los perdidos en la inmutable candencia de la arena, ladrona de la postrera gota de agua de los cateadores desesperados, lápida flotante. ¡Oh, negación de los sueños grandes, escultora de caras que la muerte reserva para flores de manicomio [...]”. Como señala José González (2009, p.98) “[...] la desolación se transmite en términos contradictorios: la severidad del calor que imposibilita la existencia de hierba y agua se acomoda con el rigor del frío que asola al desierto. La oscilación térmica inhibe al hombre”. Por ello, la expresión más terrible del asalto de la muerte es la sed: “...¡Oh, sed, sed del desierto, sed más terrible que quedarse ciego, sed que sólo es comparable a una tormenta de flechas en el cenit de la cabeza! ¡Molino del infierno; aguja, ardiendo en las entrañas; pequeña palabra sin límite! ¡sed!”. La sed, “ángel maldito” hace de los pirquineros verdaderos espantos, moribundos, agónicos. La sed es como una lápida flotante, una escultora de caras de la muerte, una reina de vientres secos, un molino del infierno (SABELLA, 1997, p.33).

Una vez que la sed se apodera de los cuerpos, el agua se torna una fortuna incalculable; más importante que el salitre, que podía salvar a la familia de la miseria, el agua salvaba la vida: “[...] viejos mineros pedían prórroga a la muerte...piernas que se habían endurecidos en jornadas agobiadoras; labios donde la sed podía morir sin respuestas [...]” (SABELLA, 1997, p.34-35). Cuando uno ve a los viejos mineros a los que se refiere Sabella, es como preguntarse ¿por qué algunos mineros llegaban a la vejez? O más bien, ¿por qué algunos mineros lograban durar tanto tiempo en

condiciones tan aciagas? Sabella responde: es porque han hecho un pacto con la muerte, al menos para alcanzar la ilusión de encontrar un buen caliche, antes que la muerte los sorprenda con la sed. Baldomero Lillo (2008, p.634) señala al respecto: “[...] es muy frecuente encontrar en la pampa compatriotas nuestros que representan cincuenta años de edad y no tienen, sino treinta”.

Y, a pesar de lo avezado que fuera un minero, podía perderse en el desierto. “Los hombres no le temían a la sed y portaban una botellita de agua para ahogar a la muerte [...] y existía fuera de estas enemistades, la tremenda posibilidad del extravío. No valían, entonces, ni la brújula ni la intuición” (SABELLA, 1997, p.52). La sed es una asesina a la que los mineros no le tenían miedo, y la enfrentaban con pequeñas cantidades de agua, pero si se perdían, estaba la mínima posibilidad de encontrar agua; esto lleva a la deshidratación y de allí a la polidipsia: la sed desértica se constituye en un círculo de muerte: “La pampa se trocaba, negra y dura, en un dédalo desnudo donde la confesión provenía de su misma horrible monotonía [...] la muerte mostraba sus dientes amarillentos, escondida y repartida debajo de las piedras” (SABELLA, 1997, p.53). Entonces el desierto se vuelve un extenso, plan e imponderable espacio ardiendo. Era entonces cuando la muerte mostraba su rostro, sus dientes para morder y matar pausadamente.

Norte Grande: empuñadura de la muerte

En Norte Grande también encontramos una concepción clara de la geografía de Chile, pero específicamente del desierto: “Si Chile es una espada...Hacia el norte [...] la patria se torna seca y grave. Ha perdido la risa vegetal [...] Allí en las salitreras pródigas, el roto es más que una canción, sus músculos compiten con las “costras” calicheras [...]” (SABELLA, 1997, p.61). Sabella recurre a una célebre frase de Alonso de Góngora Marmolejo (apud GÓNGORA, 2003, p.63) quien comparó a Chile con “una vaina de una espada”. Para Sabella (1997), el desierto es espejismo grave, seco, sin vegetación, grisáceo y solitario. No obstante este realce de la adversidad del paisaje, encontramos una gran admiración por el roto chileno, al igual que otros autores de su generación, como Nicomedes Guzmán (1957, p.133), quien dice que “[...] el “roto pampino” era un habitante del infierno, el que trabajaba en la hoguera voraz producida por el sol y la temperatura de los “cachuchos”; el hombre que descostraba a puro brazo, manejando machos de acero de veinticinco libras o grandes palas, en jornadas de diez horas.”

Sabella (1997, p.61) continua diciendo: “Es preciso vencer a una naturaleza agria, y el viento y el sol parecen enemigos del hombre, que ‘picota’ al hombro y fe en el corazón, se dispone a vencer a esa como casa del demonio. En ese ambiente agresivo palpita, además, el cálculo burgués [...]”. En Sabella encontramos lo que

Acereda (2001, p.10) dijera de Quiroga: es “[...] una especie de determinismo telúrico, por el que el hombre se configura a imagen del ámbito geográfico que habita. La geografía aparece como caótica, monumental, inabarcable. En esa lucha, la naturaleza, casi siempre es vencedora y ahí surge la tragedia”. Los habitantes de estos lugares inhóspitos están marcados por la fatalidad y la muerte violenta: “[...] ríos de sangre correrían por estos mundos de sacrificios y de leyenda [...]; la sed y la muerte se cruzaron para oponer la equis de la desesperación a los chilenos; pero, éstos no dieron su brazo a torcer y la engrandecieron con sus vidas [...]” (SABELLA, 1997, p.62). Pero la muerte no es sólo determinismo fatídico, es también vida: da vida al heroísmo trágico, al Mesías derrotado, pues los obreros pampinos vivieron luchando por una utopía: el salitre para Chile, sea en la Guerra del Pacífico, en el sustento para la familia o en el sacrificio por la justicia con el obrero.

El desierto: arenas de matanzas.

En Norte Grande, a pesar de lo terrible de la muerte, ella no aparece como lo horroroso ni como lo negro, característico de las creencias medievales europeas. Más aparece como una entidad purificadora y depuradora:

[...] la pampa está llena de huesos calcinados y de calaveras que hacen más blanco el reflejo de la luna. Ha sido la universidad de la hombría. ¡Cuántos muertos nutren al desierto de su amarilla soledad! Los cateadores febriles, los soldados del “79”, los reventados por la sed, los siervos de la miseria que lo medían con pasos de locura, los asesinados con la complicidad del silencio [...]. (SABELLA, 1997, p.107).

La pampa salitrera es representada como un cementerio. Se podría metaforizar como valle de muertos o valle de huesos blancos. El desierto es la universidad de la hombría, la travesía de la hombría, el rito del paso de la infancia a la masculinidad. ¿Qué es la hombría en este contexto? Los hombres debían prepararse para la vida dura, dolorosa y sufriente bajo las condiciones adversas de la faena salitrera con sus distintos tipos de trabajadores; el hambre, el calor, el frío, las enfermedades y el alcohol hacían mella en la vida de los hombres de la pampa (GONZÁLEZ, J.; 2002; LILLO, 2008). Otro aspecto que resalta son los asaltos en los caminos (“los asesinados con la complicidad del silencio”) que terminaban en muerte y con el cadáver tirado, sin que ningún familiar lo reclame, porque la gran mayoría de los trabajadores era foráneos.

En este dilema de hacerse hombre o morir en el intento, el desierto aparece como la necrópolis de distintos acontecimientos: “[...] la huelga de Tarapacá, en 1890; baleo de Antofagasta, en 1906; sangramiento de San Gregorio, en 1921; y masacres de Coruña, en 1925” (SABELLA, 1997, p.107). Sabella enumera las

distintas matanzas que ha habido en el desierto, pero al final también evoca otras muertes que son más invisibles y que han quedado en el olvido: las muertes miserables que ocurrían con frecuencia entre los trabajadores como la gran huelga de 1890. Esta huelga, la primera huelga general de América Latina, abarcó a miles de trabajadores que por primera vez en la historia latinoamericana lograron coordinar un movimiento huelguístico de alcance internacional. La “huelga grande” de 1890 marcó -de manera sangrienta- la entrada en la escena social de la moderna clase obrera, en vías de formación en las explotaciones mineras, los puertos y la industria fabril (VITALES, 2000; GREZ, 1997).

El baleo de Antofagasta se refiere a “[...] la matanza de la Plaza Colón de 1906. El pretexto fue reprimir a los obreros del salitre, portuarios y ferroviarios que estaban en huelga. El Ejército y la Armada hicieron la represión junto con una ‘guardia blanca’ o núcleos derechistas de carácter paramilitar” (VITALES, 2000, p.34).

La Matanza de San Gregorio “[...] ocurrió el 3 de febrero de 1921...donde el teniente Argandaña ordenó disparar: confusión, gritos y sangre es el resultado de la tragedia, con 65 obreros muertos y 34 heridos, de los que tres murieron antes de llegar a Antofagasta [...]” (RECABARREN 2003, p.62). Es un acontecimiento macabro poco conocido por la historiografía escolar, pero bastante conocida en el Norte de Chile, con la plétora de matanzas. Por ello no ha quedado ausente de la memoria novelística del Norte: “[...] la noche de San Gregorio, fue como una losa funeraria; noche atroz, con olor a sangre y a muerto. Las estrellas se reflejan en los charcos de sangre. Enseguida, vino la revancha: carabinas frescas amanecieron en San Gregorio [...]” (SABELLA, 1997, p.121). La matanza de San Gregorio, marcó la evocación de Sabella, más que cualquier otra matanza, no sólo porque sucedió en las salitreras de Antofagasta, ciudad del autor, sino también porque los efectos de aquella noche fúnebre aún estaban en boca de los testimonios vivos en tiempos del autor.

Aparecen recurrentes expresiones como: “losa funeraria”, “noche atroz” y “[...] olor a sangre y a muerto”.

A culatazos respondieron los soldados...Se encerró a los hombres en una bodega y en la puerta se acostaron dos ametralladoras, como dos perros furiosos...Algunos moribundos creyeron que la muerte brotaba de la punta de un zapato de soldado...amarrados con alambres fueron traídos los obreros al sobresaltado Antofagasta [...]. (SABELLA, 1997, p.121).

Aparecen referencias sobre la responsabilidad de la policía en el asesinato de obreros: “a culatazos ayudaban a la muerte”, “como dos perros furiosos” o “la muerte brotaba de la punta de un zapato de soldado”. No obstante también estaba la indiferencia de la ciudad cuando expresa “muchos obreros morían despreciados”, no sólo por el estigma que pesa sobre ellos, sino también porque la gran mayoría de los trabajadores y su familia no eran de la ciudad. No es el poder de la muerte lo que

asombra a Sabella, sino la indiferencia de los guardianes del orden, que ante el miedo del caos se constituyen en administradores de la muerte, fieles representantes del Estado. “[...] la Guardia Blanca vengaba a su clase en las llegadas de los heridos. ¡Era una sobriedad siniestra!... el doctor Gregorio Carranza curó a los obreros. La ciudad presentaba una faz lúgubre. Muchos obreros morían despreciados” (SABELLA, 1997, p.121).

En la desesperanza de la muerte, en Norte Grande aparece la idea de que la muerte no es absurda, sino que tantas muertes deben tener un sentido, un final esperado:

[...] los obreros no lloraron a los muertos.. ¡Un día, dormirán, en el corazón de los niños felices, todas las víctimas de la lucha social! ¡Un día, los muertos del pan sonreirán con las cabezas llenas de flores rojas! ¡Un día, cada muerto de nuestro San Gregorio cantará junto a los hombres que devolverán a la vida su dignidad y luminosa! (SABELLA, 1997, p.122).

No hubo funeral ni duelo, como en todas las matanzas; los asesinados fueron enterrados en fosas comunes, narra: “los obreros no lloraron a sus muertos”. Se aprecia un esperanza milenial, cuando expresa que “un día el corazón de los niños serán felices”, obviamente se refiere a los niños, hijo de los obreros; “un día los muertos del pan sonreirán con la cabeza llenas de flores rojas”. ¿Los muertos sonreirán? Se refiere a su sacrificio y memoria. La muerte no será algo absurdo ni fútil, sino que habrá valido la pena: no sólo lograrán sus derechos, que en tiempos de Sabella no se lograban íntegramente, sino que los obreros serán dignificados. Por ello se destaca que “un día cada muerto cantará” y “se devolverá a la vida su dignidad y luminosidad”. Los obreros serán considerados personas y seres humanos: trabajarán, vivirán, mantendrán su familia y morirán dignamente.

Se destaca la Matanza de la Coruña

[...] ocurrida en la pampa de Tarapacá en la primera semana de junio de 1925, que se desencadenó, en definitiva, por la agudización del conflicto social en el Norte Grande, que radicalizó a un determinado segmento de la FOCH y del PC regional [...] la clase dominante aprovechó la coyuntura generada en Tarapacá para consolidar la disciplina no solo del proletariado pampino, sino que también de la clase trabajadora a nivel nacional. (ÁLVAREZ VALLEJOS, 2010, p.12).

“La Oficina la Coruña muestra sus labios hinchados de blasfemias y lamentos... masculla la viejecita. Y sus pasos se encaminan veloces, sobre un montón de cadáveres... La viejecita llega a donde la muerte guarda quince sacos de provisiones [...]” (SABELLA, 1997, p.133). Nuevamente aparece la descripción de la masacre de Coruña. Se muestra la muerte como la viejecita, la Parca, que recorre los cadáveres

para cerrar sus ojos. Estas víctimas no son sólo “muertos de hambre”, sino también “muertos de justicia”. “Cuando todos los muertos de hambre y justicia comiencen su marcha solidaria con los vivos que decidirán el nuevo gusto de la vida. Dos manos arrugadas y maternales cierran los párpados de los muertos en esta masacre [...]” (SABELLA, 1997, p.133). Estos obreros nacieron para eso, para morir de una u otra forma; si no los mata el hambre, los mata la injusticia. Sin embargo, aparece en el mismo relato la esperanza: el sacrificio, las víctimas y los mártires no serán en vano: vendrá “un nuevo gusto por la vida”, el lamento se transformará en alegría. Hay un dejo de profeta veterotestamentario en Sabella, una nostalgia milenaria. Pero mientras tanto, la Parca se muestra como alivio y descanso. Así, la muerte es más compasiva con los obreros, que los policías, el patrón o el Estado: el triunvirato de la muerte. “Los muertos reposan tranquilos: para descansar sin sobresaltos, esperaban la visita de esta aya de la sombra...Y la muerte se aliviana y penetra por la boca agónica...y les gotea una carcoma de muerte” (SABELLA, 1997, p.139). El sentido de la muerte no tiene una connotación religiosa, sino secular. El sentido del absurdo de la muerte, no está en el más allá, sino en el más acá, con el logro de la justicia social y el derecho laboral de los obreros.

Otra muerte recordada es la Matanza de Marusia: “[...] en la Oficina Marusia morían los obreros...la muerte vaciaba miles de litros de sangre humana. -¡Hay que ‘palomear rotos’ [...] para que, como palomos desventuradas, aplastaran su propia sangre [...]” (SABELLA, 1997, p.130). La Masacre olvidada, la de Marusia, ocurrida en marzo de 1925. El autor muestra una expresión popular en las salitreras: palomear rotos, “[...] es decir les disparaban mientras corrían por las calicheras” (GONZÁLEZ, S., 2007, p.316) o bien los inducían para que ellos mismos se dispararan y cayeran en el vacío rocoso del desierto. “La tierra, con el peso mortal, se hundía hasta los confines del horror. La muerte se fabricó bocas para tantos festines” (SABELLA, 1997, p.131). Esta práctica se aplicó en todas las represiones de las oficinas salitreras. No obstante hubo otra práctica asesina, que Sabella no destaca pero que también fue común, como el quínteo, “[...] es decir elegidos al azar cada cierto número para ser eliminado” (GONZÁLEZ, S., 2007, p.33). La muerte es representada como una diosa a la cual se le presentan libaciones con la sangre de los obreros.

“Los molidos por el tren yacen en una espantosa situación de carnes transfiguradas. Sangre enlazada a la muerte: senos deshechos, niños empequeñecidos [...] Cruje la muerte [...]” (SABELLA, 1997, p.152-153). En Marusia murieron obreros, mujeres y niños. El tren de la muerte y el carretón de los muertos también los destaca Deves (2002). Es un cuadro espeluznante: la sangre goteando por los rieles y el crujir de la muerte; más parece un acarreo de animales que vienen del matadero, que seres humanos de alguna oficina salitrera.

Sabella (1997, p.113) denuncia y muestra a un responsable: “¡El León de Tarapacá...! Los pampinos lo querían. Pero, muy pronto, su amor durmió en los

“albergues” de la Plazuela Torreblanca; allí, el hambre y la desolación bramaron más fuerte que el mar... Algunos pampinos se mataron. Las mujeres salían con su crías a la rastra, en demanda de limosna [...]”. ¡El León de Tarapacá! Se refiere al Presidente de la República Arturo Alessandri Palma (1920-1925)⁵. Los albergues de la Plazuela Torreblanca eran el lugar donde los desempleados del salitre iban a alojar por el cierre de varias oficinas. Al respecto, Recabarren (2003, p.24) señala que “[...] la miseria, la insalubridad y la promiscuidad en que vivían los cesantes de las salitreras eran dramáticas. Deambulaban por la ciudad pidiendo comida”.

Las promesas de Alessandri fueron vanas para estos trabajadores, para los que el “morir del hambre” era una realidad; otros se suicidaban ante tal miseria.

Los albergues fueron la más dura humillación para los pampinos. La crisis los lanzó pampa abajo y llegaron al puerto, como rebaños peligrosos. Las carabinas hablaban con elocuencia... imperaban el hambre y la muerte... el “cielito lindo” les dio el piojo... Y andando los años les dio el dolor de “San Gregorio” y de “Coruña”, donde la sangre pintó las piedras, por semanas (SABELLA, 1997, p.114).

Pero estos mendigos pronto se convertirían en sujetos peligrosos, que generaban miedo y, por lo tanto, la idea de que “las carabinas hablaban con elocuencia” alude a la idea de ser asesinados por la guardia policial: ahora reinan el hambre y la muerte. El cielito lindo⁶, cántico de esperanza y liberación, se constituyó en un infierno de hambre y de muerte, que se vio empeorado con las Matanzas de San Gregorio en 1921 y la Matanza de la Coruña en 1925.

La matanza de la Santa María “[...] en la arena hedionda de la muerte... era por “el 7”, cuando los pampinos “bajaron a Iquique y llenaron las calles, pidiendo justicia pa’ sus vidas [...] El hambre les pisaba los talones... Era inmenso el coraje de estos gallos... ¡Hasta las mujeres pelearon!” (SABELLA, 1997, p.205). Sabella termina, dentro del inventario de matanzas ocurridas en el desierto, con la matanza de la Santa María ocurrida en 1907, no porque sea la última matanza sino la más

⁵ Nombre que se ganó gracias a un discurso dado por Víctor Domingo Silva el cual después de ser vitoreado: “Viva el León, Viva el León de Tarapacá, Viva Víctor Domingo Silva!!!” Él, mira a Alessandri y le dice al pueblo: “Ciudadanos, no soy yo, es éste el verdadero León de Tarapacá”. Y fue así, como gracias al discurso, y apoyo de Víctor Domingo Silva, es que saca una gran votación Alessandri en todo el norte del país. Víctor Domingo Silva (Poeta, novelista, cuentista, dramaturgo y periodista) nació el 12 de mayo de 1882 en Tongoy. En 1901 viaja a Valparaíso, ciudad en la que permaneció por 15 años. Reconocido luchador político estampado en sus novelas y poesías y por su enorme popularidad entre los trabajadores de la pampa salitrera, en el año 1915 fue elegido diputado (MEMORIA CHILENA, 2015).

⁶ Alessandri utilizó para su campaña una canción mexicana llamado cielito lindo, Como destaca Claudio Rolle (2002, p.5) “[...] cielito lindo representó un espíritu de fiesta popular que comenzaba a entrar en la política y se convirtió en un mito por el éxito alcanzado, por las expectativas generadas y por la divulgación alcanzada por el lenguaje de la canción popular que servía de vehículo al espacio de poder”.

horrorosa de la historia del salitre, cuando hombres y mujeres murieron, sacrificando sus vidas por pan y justicia. “Los balearon como a perros”: ¡las contradicciones de la vida! en una escuela, que es símbolo de civilidad, de modernidad, la reclamación por los derechos se escribió con sangre en la pared. No sirvió de nada. Todas esas muertes fueron inútiles.

[...] los balearon como a perros, encerrados en una escuela, los obreros cayeron, ensangrentando las bancas rústicas. Al pizarrón garabatearía la sangre y la tiza forcejearía por trocarse en una buena luna de muertos sin piedad... esta tierra está preñada de sangre humana [...] (SABELLA, 1997, p.205).

Está muy presente la utilización de metáforas fáunicas, los obreros pelearon como gallos pero los mataron como a perros: evocación de valentía y desprecio. El gallo representa la esperanza. Alguien que canta en el alba del desierto anunciando un nuevo día con la aparición de la luminosidad solar. El obrero le canta al sol y al desierto, a pesar que aparentemente se confabulen para exterminarlo. Más bien ellos representan la esperanza que algún día el sol de justicia brillará y el desierto florecerá para los obreros. Por lo tanto no son el espacio ni la geografía los enemigos del obrero, sino los espacios del poder patronal, político y militar. Pero también el gallo representa, alguien que pelea: lucha para vivir. Aunque le corra la sangre en la pelea, luchará hasta morir, porque no lucha sólo por su honor sino por el de su familia. Pero el gallo también representa la reproducción de la miseria y la explotación. Viven en gallineros, porque esos eran los hogares de los obreros. Pero no sólo eran ellos los explotados, sino también sus hijos. En una segunda metáfora está la idea que los obreros fueron “asesinados como perro”, una total deshumanización. Alguien que no habla, que no dialoga, sino que ladra. Por lo tanto todas las palabras de los obreros: escritos, marchas, mítines y conversaciones para lograr conseguir derechos laborales, eran considerados como simples alaridos. No obstante en estas metáforas conviven la utopía (esperanza) y la acción política (lucha), no hay determinismos ni naturalistas ni sociales. El obrero es alguien que lucha por el pan y la palabra escrita (derechos laborales). Pero el espacio pide sacrificios.

Por ello Sabella termina diciendo que Chile es una “tierra preñada de sangre”, un lugar donde siempre muere el pobre, el obrero, el soldado y el indio. Siempre muere el roto. No sólo su vida es desvalorizada sino también su cadáver. Como dice Devés (2002, p.205):

Muchos de los cadáveres de los obreros acribillados fueron arrojados en fosas comunes, tapados con poca tierra o arena, quedaron descubiertos mostrando unos las piernas, otros los brazos, unos señalando el cráneo y más allá otro la cabellera. Era aquello un hacinamiento horroroso y macabro.

La fábrica pampina: un lugar donde se muere trabajando.

La muerte no sólo reina en el desierto, en el espacio de afuera, sino también adentro. La muerte es democrática, solía decir el mexicano José Guadalupe Posada. Pero en el mundo fabril no, la muerte se lleva sólo a los obreros. Es más bien una dictadura, no hay elección, ni posibilidad de oponerse, sólo llega ante. “Un obrero electricista murió electrocutado [...] Pero, el médico del Seguro gana más por servir a la empresa, extendió un certificado en que se leía: muertos de tifus exantemático. La Compañía evadía la paga de indemnización [...]” (SABELLA, 1997, p.154). Todos confabulan contra los obreros, no sólo el triunvirato de la muerte, ahora también aparece en la palestra el médico: todos al servicio del capital, todos se venden al patrón. ¿Dónde queda la verdad? ¿Dónde queda la justicia? Aquellas nobles damas –la verdad y la justicia–, fueron asesinadas por el capital y arrojadas al desierto.

Las muertes en los lugares de trabajo eran muy frecuentes. “Eran los muertos del salitre que llegaban... ¡sangre, sangre, sangre! [...] Los muertos del salitre traían la elocuencia muda y directa, inolvidable y concisa, de su tragedia [...]” (SABELLA, 1997, p.180). La recurrencia de los accidentes laborales en las salitreras era tan reiterados que la sangre se constituía en una especie de elixir para los dioses del territorio. “Los muertos, inmóviles ahora, bajo la sorprendida noche, le mostraban el horror de aquellas tierras donde la mano de Dios no se posaba; aquellas tierras, lo mismo que la fogata en que se quemara la vida... los muertos no gesticulaban, no pronunciaban palabras [...]” (SABELLA, 1997, p.180). En Sabella el desierto y la pampa son espacios de sufrimiento, dolor, tragedia y muerte. El desierto es considerado como un espacio infernal alejado de la mano de Dios. Tendría que ser así, porque de otra manera ¿cómo entender tanto horror? Como el mismo autor lo dice, el desierto viene a ser una “fogata donde se quema la vida”. Un lugar donde se sacrifica la vida del obrero para dar vida al capital.

La oficina salitrera era considerada como un espacio mortal e infernal por sus constantes peligros con la muerte. “En ‘Los Molinos’, el polvo es una endemoniada porción de muerte [...] En los pulmones, la muerte levanta su trono y los hombres, poco a poco, sienten que la vida es una copa inclinada de la que cae y cae la sangre [...]” (SABELLA, 1997, p.183). Los Molinos eran lugares donde era vaciado y triturado el caliche, de los cuales se desprendía una impresionante polvareda. A una persona que pase mucho tiempo ante cualquier polvareda, se le produce un daño irreversible a sus pulmones, cuanto más si son los residuos de minerales. “Los Molinos es un edificio de varias galerías... en medio de una llovizna feroz de polvo y muerte... es una red de la muerte [...] principalmente los pulmones, eran una pared en que la muerte incrustaba sus flechas, lentamente, segurísima que, al fin, caerían a su lado [...]” (SABELLA, 1997, p.184). Sabella destaca que “la muerte levanta su trono”, “polvo y muerte”, “red de muerte”, “la muerte incrusta sus flechas”, “la muerte como

infinita polvareda”. En fin, los Molinos eran otros espacios de muerte, de la muerte lenta, de la muerte invisible. “[...] ocho años de labor en “Los Molinos” son daga suficiente para que cualquier varón se tronche sin remedio...aquel infierno de sombra de tierra, donde la muerte es un infinita polvareda [...]” (SABELLA, 1997, p.184). Los molinos extraían la vida y la salud de los obreros; quienes trabajaban allí entraban jóvenes y salían viejos.

Sabella presenta un cuadro desolador del desierto, de la Pampa. La muerte es considerada como una realidad abrumadora y ubicua; el obrero no puede escapar a ella. Y la vida, no es sólo un “recuerda que vas a morir” o “un valle de lágrimas”, sino es sobre todo, agonizar. La muerte es súbita, no sólo por las malas condiciones laborales, sino también por las bajas expectativas de vida de ese entonces.

Se vive cincuenta o sesenta años, agonizando. Porque en “los rajos” la piel, poco a poco, va chupando muerte [...] Y, súbitamente, llega la muerte con naturalidad [...] La muerte sonreía en los “corvos”; ondeaba desnuda en las mechas de dinamita; graznaba en la soledad de las huellas... ¿cómo asombrarse, entonces, al recibirla plena; al sentirla, buscando su acomodo en las vísceras ya familiarizadas con su presencia? (SABELLA, 1997, p.163).

De esta manera la muerte campea en la pampa, desde cuando “sonreía en los corvos” con la guerra del Pacífico hasta cuando “ondeaba desnuda en una mecha de dinamita”. Esto último se refiere al “el suicidio con dinamita o bien algún accidente por un tiro echado” (GONZÁLEZ, S., 2007, p.79).

La Pampa: la muerte fértil y lúdica

Octavio Paz (2006) decía que el mexicano es indiferente ante la muerte, Sabella recurre a la misma idealización del roto chileno cuando dice que éste, no sólo no le teme a la muerte, sino que además juega con ella:

Trabajando en las “chancadoras”, cayó, un día, dentro de ellas un obrero, y naturalmente, no quedó del pobre nada [...] Los obreros seguían sin darle importancia al asunto. Las “chancadoras”, seguramente, le redujeron a una simple aleación, fundiendo la carne humana con el caliche [...] Decepcionado, cavilaba, cuando un compañero del “Borrado” me zambulló una feroz realidad, con este comentario: -¿Se da cuenta Mr. Bark? ¡el viajecito a Estados Unidos que se va a pegar este huevón! (SABELLA, 1997, p.193).

Como destaca Sergio González (2007, p.27), “[...] los obreros de la pampa morían más que otros: se caen a los cachuchos, los sorprende un tiro echado, los arrolla un tren o caen de la carreta, los mata el polvillo de las cuevas y calicheras”. Sabella

(1997) nos habla de la espeluznante realidad que implicaba tener un accidente laboral, además de su frecuencia; los obreros reaccionan con humor, no porque no les interese la vida de su compañero, sino porque, ante la frecuencia de tales accidentes, los obreros habían perdido su capacidad de asombro; el humor, así, resultaba ser una estrategia para enfrentar tan caliginosa experiencia. Pero también, aún en la tragedia hay esperanza. Un obrero aleado con el salitre se convierte en estercolero y fertilizará algún terreno donde nazca el pan y la palabra.

Se percibe más bien que la vida del obrero es un sacrificio, un holocausto al capital.

Se producía una fusión desconcertante: carne y caliche, un hombre ya no era sino un poder más del fertilizante. ¿Donde rodaron la sangre, los ojos, el corazón, las piernas? Nada golpeaba aquel roto. Para su fuero interno no vibraba sino una carcajada [...] ¿Un viaje al extranjero, como un ingrediente más de noble nitrato! (SABELLA, 1997, p.193).

La muerte no es un juego, el cadáver nunca ha sido un objeto lúdico, sino que el humor es más bien un recurso para no dejarse embargar por el miedo a la muerte, ante la frecuencia de los accidentes. Cuando Salvador Allende (1939, p.19) era ministro de salud destacó que Chile ocupaba el primer lugar en América Latina sobre los índices de mortalidad. Era eso lo que oculta Chile, ser una tierra de muerte frecuente. Un país donde el obrero ganaba el pan con sudor y sangre y se moría de hambre.

Esos pampino...sacrificaron un dedo, una mano, un pie, intencionadamente, provocando el chorro de sangre y, callando, como si tuvieran cosido los labios con alambres, el grito de dolor. Con sangre fría irrefrenable, colocaban el dedo que pretendían triturar para el festín que soñaban: la mano volaba, desprendida, sin que un ¡ay! (SABELLA, 1997, p.194).

Se construye aquí la imagen de un pueblo, del ser hombre chileno, obrero que convive con el dolor. La imagen de tener cosidos los labios para no gritar el dolor, no tiene que ver sólo con la hombría y la masculinidad, sino también el miedo de morir innecesariamente. Ante cualquier reclamación, ser acusado de rebeldía y sedición. Además ¿para qué reclamar ante un accidente laboral? Sólo para que expulsen al obrero de su trabajo, que era un “material desechable”.

“[C]uán poca cosa es el hombre en estos recintos de amargura: una vez, un obrerito se cortó un dedo. Fue atendido en el botiquín y –así- a sangre fría, le cosieron; en seguida, retornó a su puesto [...]” (SABELLA, 1997, p.194). Se reitera que el hombre del salitre, el pampino era un hombre fraguado por el dolor. Pero esta glorificación de la masculinidad a través del dolor, no tiene que ver sólo con eso, sino también con el hecho que un accidente de trabajo en esta época era una responsabilidad del trabajador; por lo tanto eran él y su familia quienes perdían. Una

incapacidad laboral producto de un accidente era un signo de despido. Aguantarse el dolor y manifestar una actitud de aparente indiferencia frente a un miembro accidentado del cuerpo humano, era otra estrategia para enfrentar la deshumanización en el trabajo. “Lo terrible del caso aconteció, entonces: sus compañeros de labor se dedicaban a jugar fútbol con el dedo: volaba, como una extraña pelota, y la sangre garabateaba en el suelo [...]” (SABELLA, 1997, p.194). Se continúa enfatizando la indiferencia frente al dolor y a la muerte por parte de los trabajadores. “Son hombres de piedras [...] qué enigma sangraba dentro de los pampinos, haciendo que la muerte fuera para ellos una sencilla caída en un hoyo más hondo que los rajos [...]” (SABELLA, 1997, p.194). Es la reelaboración del roto chileno como hombre bravo; antes lo fue el mapuche, ahora es el obrero: hombres que no le temen a la muerte, por absurda que esta sea.

Sabella (1997, p.195) enfatiza una glorificación de la muerte por parte de los obreros, cuando dice

Mr. Bark señala, yo creo, que los chilenos desprecian a la muerte, porque les sobra vida [...]. Si el roto se pelea a cuchillas por una bagatela, si en la pampa no se arredra ante nada, se debe a que es parte de un pueblo brotado de conquistador y de combatiente, y le manan energías dobles para desafiarlos todo; el español vencía distancias y soledades; la diestra del araucano fue renuevo del rayo.

Se recurre al mito fundador del conquistador como a la glorificación del mapuche pre-republicano.

La muerte es resaltada como una nodriza del roto chileno:

Es un pueblo, el chileno, crecido con la muerte en su corazón: las animitas... las “quisca” agresivas debajo de las almohadas; a la medianoche de los velorios donde se ríe y se bebe, perfumando de vida a la muerte; a los entierros en que llegan los deudos al cementerio con el aliento agrio a vino y casi a trastras con el ataúd [...]. (SABELLA, 1997, p.195).

La indiferencia del chileno frente a la muerte es destacada por actitudes como los duelos a cuchillo que realizaban los obreros; las ritualidades de velatorios como funerarias de la religión popular, en donde aparece el alcohol como el unguento fúnebre, algo que al parecer Sabella resalta; en cambio, los obreros ilustrados rechazaban asociar al obrero con el alcohol. Pero esta presencia ubicua de la muerte se hace más patente en los barrios populares, en los conventillos: “En algún conventillo chileno, la muerte remolía, como una mujerzuela, y un roto le palmoteaba las nalgas de cera, saliendo puerta afuera con su esqueleto [...]” (SABELLA, 1997, p.195). Algo muy destacado también por Nicomedes Guzmán (1957).

Sabella vuelve otra vez a la mitificación de la bravura del roto chileno, la glorificación de la muerte, pero esta vez en la figura de los miembros de la FOCH⁷:

Yo he conocido rotos bravos [...]. Pero, como los “fochistas”, ¡ninguno! En San Gregorio, pescaron las balas con las manos. Y en Coruña, morían, por montones, sin hacerle feo a la muerte [...] Los piques secos se aguataron con cadáveres de comunistas que hasta el último respiro avivaban el partido [...]. (SABELLA, 1997, p. 201).

Siempre aparece esta idea de que, ante la muerte inexorable, hay que mirarla cara a cara, sin embozo, porque la muerte es, en estos espacios, una realidad insoslayable, más aún siendo un obrero sublevado o un líder o un integrante del partido comunista.

Norte Grande: la conciencia de la muerte.

El mismo Sabella esboza el contexto social y político donde él nace, lo que lo ayuda a entender el porqué de su interés por la muerte y su vínculo con la naturaleza: “Yo nací al borde de la Gran Guerra. Mi bautizo pudo celebrarse con agua ensangrentada [...] las campanas de mi pueblo doblaban, continuamente, por un muerto, y las cartas que me llegaban de Europa traían siempre una señal de luto [...]” (SABELLA, 1997, p.72). La ubicuidad de la muerte se hace insoslayable: que suceda la Primera Guerra Mundial, que suceda en Europa, significa que también afecta a la Naturaleza en Chile: la idea de que el agua de su bautizo estuviera inoculada con sangre indica que nadie puede ser indiferente a la monstruosidad de la guerra. Pareciera que Sabella, con su gran carga de humanidad y solidaridad, siente también como el poeta John Donne: la muerte de cualquier hombre lo disminuye, porque es consciente de ser parte de la humanidad⁸.

La muerte por las matanzas y guerras abruma, pero en realidad cualquier muerte, sea esperada o absurda, nos hace ver y sentir nuestra propia fragilidad como seres humanos. Sabella -como poeta y novelista que era- no podía quedar ajeno a las influencias del contexto donde las muertes fueron atrozmente frecuentes.

⁷ Federación de Obreros de Chile creada en 1919. para mayor detalle ver: Jorge Barria (1967, 1971); Mario Garcés y Pedro Milos (1988); Fernando Ortiz Letelier (2005); Crisóstomo Pizarro (1986); Homero Ponde Molina (1986); Jorge Rojas Flores (1993).

⁸ John Donne (1572-1631), poeta, prosista y pastor anglicano inglés: “*Devociones*”. escribió: “[...] ninguna persona es una isla; la muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la humanidad; por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti” (BUSCA BIOGRAFIAS, 2015).

En el siglo XX, Ernest Hemingway también publicó el libro *Por quién doblan las campanas*, una novela inspirada en la Guerra Civil Española. Escribe sobre la ofensiva republicana contra Segovia a fines de mayo de 1937. Hemingway (1986) muestra la gran tragedia colectiva denunciando la inhumanidad de la guerra. Muestra sobre la atroz matanza de los notables de una aldea castellana. Los temas de la novela culminan en una reflexión sobre la condición humana y el destino del hombre sobre la tierra.

Mi padre leía los periódicos, con desolación, y cuando les dejaba caer, decepcionado, sólo atinaba a comentar -¡Tantas muerte inútiles...! ¡Un día, el mundo será una husera que no podremos aguantar! Mi madre llamaba a las vecinas y rezaban por los hijos de otras madres que no conocían - Morirán los niños Dios Santo...! repetían con angustia [...]. (SABELLA, 1997, p.72).

La guerra generaba eso: muertes inútiles; pero también serán inútiles la muertes de los obreros del salitre en las distintas matanzas.

Conclusión

A muchos les impactó la frecuencia del morir en la Pampa, sobre todo en la época salitrera, pero pocos fueron tan conmovidos, como Sabella, por esta ineluctable realidad que atacaba a los obreros y soldados, signados por la pobreza. No obstante, a pesar que Sabella presenta una naturaleza inconmensurable, inclemente e inexorable. El problema no es de la naturaleza, sino de la sociedad: donde el roto pampino (obrero y soldados) aparecen como víctimas luchando frente a dos símbolos teratológicos: el patrón y la patria. El vínculo entre muerte y geografía es más bien para mostrar que la verdadera asesina no era la naturaleza, sino la sociedad capitalista explotadora y opresora, representada en la fábrica y el patrón y protegida por el Estado y el ejército.

Pero pampino y Pampa comparten una realidad similar: ambos han sido abandonados por Dios y ultrajados por el capital. Por lo tanto también les compete algo en común defenderse y luchar. Por un lado en la aparente muerte de la Pampa hay vida: el caliche y el salitre. Al pampino le resta buscar esa vida en esta aparente muerte, pero el desierto se defiende con su carácter incólume de sequedad y bastedad. Por otro lado el pampino es alguien que lucha y pelea con la Pampa para extraer de sus fauces algo que le puede salvar la vida a él y su familia: el caliche. El pampino no es una víctima, es alguien que tiene conciencia de la peligrosidad del desierto. Y cuando la Pampa le ha dado lo que ha encontrado, aparece “otra naturaleza”: el patrón. Entonces la fábrica se convierte en el espacio más terrible, tembloroso y temible con sus Molinos, Cachucho y trenes, espacios más infernales que el desierto. Así el patrón se vuelve más inclemente que la Pampa y la fábrica se torna un espacio de fortuna para el patrón y de sacrificio y muerte para el pampino.

No obstante el pampino no es un ser determinado ni geográfica no socialmente. No es un ser fatal, aunque sí trágico: rodeado del dolor, la muerte, el hambre, la pobreza, la explotación y la soledad. Pero es presentado como un ser que juega con la muerte, un irreverente que se ríe de los muertos, por lo tanto de su destino próximo, y pelea aún sabiendo que la muerte está próxima. El pampino es un sujeto de su destino, aunque por ahora explotado y oprimido, pero es alguien que lucha con el

hombro y el corazón, con la picota y la fe. Es alguien como el gallo, que le canta a la esperanza aunque tenga que morir como perro, luchando por ella.

En definitiva este libro es una apología al pampino que lucha con el temible desierto y con el terrible patrón, pero tiene la esperanza de que algún día este desierto se abrirá como “mujer de parto” para entregar sus riquezas al obrero, para que lo trabaje y lo disfrute. Entonces la Pampa será una madre para el obrero, aunque siga cobrando vidas y tenga una apariencia mortal.

MANSILLA, M. La pampa: factory of fortunes and death: geography of death in the book Norte Grande, Andres Sabella. **Revista de Letras**, São Paulo, v.54, n.2, p.183-205, jul./dez. 2014.

- **ABSTRACT:** *The book Norte Grande is eloquent link between Nature-Society-Work. Although society is an oppressive and exclusionary phantasmagoria. The author is concerned with fluency describe the relationship between nature and labor, which generate a conflict of identity. On the one hand and the pampas Pampa, on the other side is and worker and the factory. At first glance the work looks like a telluric determinism, but is actually a tribute to roto pampino. Highlights the ability of man to fight to the death against the adversities of nature and society. It is a conflict in which the pampas is only: without God and State. But the worker provides his two greatest resources: your body and spirit, his shoulder and his heart and cherry and faith. This work is a true mapping of life and death of the pampas in the desert of the Big North.*
- **KEYWORDS:** *Desert. Pampa. Pampino. Roto. Death. Factory.*

Referencias

ACEREDA, A. Del criollismo a la urgencia existencial: fatalidad y angustia en tres cuentos de Horacio Quiroga. **Revista Estudios de Literatura**, Valladolid, n.26, p.7-17, 2001.

ADORNO, T. **Notas de literatura**. Barcelona: Ed. Ariel, 1962.

ALLENDE, S. **La realidad médico-social chilena**. Santiago: Lathrop, 1939.

ÁLVAREZ VALLEJOS, R. **La matanza de La Coruña, Chiles, 1925**. [S.l.: s.n.], 2010. Disponible en: <http://www.luisemiliorecabarren.cl/?q=node/2184>. Acceso en: 15 jun. 2015.

AUERBACH, E. **Mímesis**: la representación de la realidad en la literatura occidental. México: Fondo de Cultura Económica, 1975.

BAHAMONDES, M. **16 poetas nortinos**. Antofagasta: Liceo de Hombres, 1960.

BAJTIN, M. Epopeya y novela: primera parte: **Eco**: revista de la cultura de occidente, Bogotá, n.193, p.37-60, 1977.

_____. Epopeya y novela: segunda parte: **Eco**: revista de la cultura de occidente, Bogotá, n.195, p.283-300, 1978.

BARRIA, J. **Breve historia del sindicalismo chileno**. Santiago: INSORA, 1967.

_____. **El movimiento obrero en Chile**. Santiago: Ed. UTE, 1971.

BELLI, C. Oscar Hahn, arte de morir. In: LIHN, E.; LASTRA, P. (Ed.). **Asedios a Oscar Hahn**. Santiago de Chile: Ed. Universitaria, 1989. p.111-112.

BLANCO, G. Norte mágico, norte trágico. **Revista Hoy**, Santiago, n.609. p.21, 1989.

BOURDIEU, P. El campo literario: prerequisites críticos y principios de método. **Cristerios**, La Habana, n.25-28, p.20-42, 1989/1990. Disponible en: <http://www.laciudadletrada.com/Archivo/bourdieuCampo.pdf>. Acceso en: 15 jun. 2015.

BUSCA BIOGRAFÍAS. **John Donne**: 1572/01/22 - 1631/03/31. Disponible en: <http://www.buscabiografias.com/biografia/verDetalle/1028/John%20Donne>. Acceso en: 15 jun. 2015.

CAMPOS, J. La transformación de la visión de la muerte en la poesía de Oscar Hahn. In: _____. **La joven poesía chilena en el período 1961-1973**: Gonzalo Millán, Waldo Rojas, Oscar Hahn. Concepción: Lar-Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1987. p.99-138.

CROSS, E. **Literatura, ideología y sociedad**. Madrid: Gredos, 1986.

DÉVES, E. **Los que van a morir te saludan**. Santiago: LOM Ed., 2002.

ESCARPIT, R. **Sociología de la literatura**. Barcelona: Materiales, 1965.

ESPINOZA, C. Diario de muerte de Enrique Lihn: la escritura sobre la línea de la muerte. **Revista de Estudios Filológicos**, Valdivia, n.35, p.151-166, 2000.

FERRERAS, J. I. **Fundamentos de sociología de la literatura**. Madrid: Cátedra, 1980.

GALINDO, O. La poesía de Oscar Hahn: los símbolos despavoridos. **Revista Estudios Filológicos**, Valdivia, n.35, p.167-181, 2000.

GARCÉS, M.; MILOS, P. **Foch Ctch Cut**. Las centrales unitarias en la historia del sindicalismo chileno. Santiago: ECO, 1988.

GIRARD, R. **Mentira romántica**. Barcelona: Anagrama, 1985.

GOLDMANN, L. **Sociología de la creación literaria**. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión, 1971.

GÓMEZ, A. **La novela social chilena cumple 60 años**: Biblioteca Nacional rinde homenaje a la generación del 38. 1988. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0017977.pdf>. Acceso en: 7 enero 2015.

GÓNGORA, M. **Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX**. Santiago: Ed. Universitaria. 2003.

GONZÁLEZ, J. Andres Sabella y la historia social de Chile y del Norte Grande. In: ARTAZA, P. et al. **A 90 años de los sucesos de la Escuela de Santa María de Iquique**. Santiago de Chile: LOM Ed., 1998. p.119-129.

_____. Norte Grande, de Andrés Sabella: las ideas pivotaes de una obra epigonal en la literatura salitrera chilena. **Revista de Ciencias Sociales**, Iquique, n.12, p.55-66, 2002.

_____. La otredad en la obra de Andrés Sabella: el indígena, el niño y el obrero pampino: notas preliminares. **Revista de Ciencias Sociales**, Iquique, n.13, p.38-52, 2003.

_____. La imagen de Chile en la obra inédita y desconocida de Andrés Sabella: 1912-1989. **Revista Historia**, Santiago, v.40, n.1, p.35-68, 2007.

_____. Imaginarios contrapuestos: el desierto de Atacama percibido desde la región y mirando desde la nación". **Revista de Dialectología y Tradiciones Populares**, Madrid, v.64, n.2, p.91-116, 2009.

GONZÁLEZ, S. **Ofrenda de una masacre, claves e indicios históricos de la emancipación pampina de 1907**. Santiago: LOM Ed, 2007.

GREZ, S. **De la regeneración del pueblo a la huelga general**: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile: 1810-1890. Santiago: DIBAM. 1997.

GUZMÁN, N. Epopeya del roto chileno. In: GUZMÁN, N. (Ed.). **Autorretrato del Chile**. Santiago: Zig-Zag, 1957. 133-147.

- HEMINGWAY, E. **Por quién doblan las campanas**. Madrid: Seix Barral, 1986.
- ISAACSON, J. Un libro por semana. **L.S.1. Radio Municipal de Buenos Aires**, Buenos Aires, 19 de septiembre de 1963.
- LASTRA, P. Por el poeta del norte. **El Mercurio**, Santiago, E12, 26 marzo 1989.
- LIHN, E. Arte del arte de morir: primera lectura de un libro de Oscar Hahn. In: LIHN, E.; LASTRA, P. (Ed.). **Asedios a Oscar Hahn**. Santiago de Chile: Universitaria, 1989. p.99-104.
- LILLO, B. **Obras completas**. Edición Crítica Ignacio Álvares y Hugo Bello. Santiago: Universidad Alberto Hurtado. 2008.
- LIZANA, K. La amortajada de María Luisa Bombal: la muerte como el momento en que se rompe el silencio”. In: JORNADAS INTERDISCIPLINARIAS “RELIGIÓN Y CULTURA, 5., 1994, Santiago. **Anais...**Santiago: Universidad de Chile: Facultad de Filosofía y Humanidad: Centro de Estudios Judaicos, 1994. p.1-15.
- LUKÁCS, G. **Teoría de la novela**. Buenos Aires: Ed. Siglo XX, 1966.
- MARX, K.; ENGELS, F. **Sobre arte y literatura**. Madrid: Ed. Ciencia Nueva, 1968.
- MEMORIA CHILENA. **Victor Domingo Silva: 1882-1960**. Disponible en: <<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-7679.html>>. Acceso en: 7 enero 2015.
- MONTERREY, N. Norte Grande de Sabella. **El Mercurio**, Antofagasta, p.A9, 27 agosto 2004.
- ORTIZ LETELIER, F. **El movimiento obrero en Chile: 1891-1919**. Santiago: LOM Ed., 2005.
- OSTRÍA, M. Andrés Sabella: bodas de un poeta y del desierto. **Boletín Informativo de la Universidad del Norte de Antofagasta**, Antofagasta, n.10, p.7-10, oct-dic. 1962.
- _____. Dos poemas eróticos de André Sabella. **Revista Chilena de Literatura**, Santiago, n.5/6, p. 277-288, 1972.
- PAZ, O. **El laberinto de la soledad**: posdata: vuelta a el laberinto de la soledad. México: FCE, 2006

- PIZARRO, C. **La huelga obrera en Chile: 1890-1970**. Santiago: Ed. Sur, 1986.
- PONDE MOLINA, H. **Historia del Movimiento Asociativo Laboral Chileno: primer tomo: periodo 1838-1973**. Santiago: Ed. Alba, 1986.
- RECABARREN, F. **La matanza de San Gregorio: 1921: crisis y tragedia**. Santiago: LOM Ed., 2003.
- RIEZU, J. Análisis sociológico de la novela. In: _____. **Tiempo de silencio**. Salamanca: Ed. San Esteban, 1993. p.35-38.
- ROJAS FLORES, J. **La dictadura de Ibáñez y los sindicatos: 1927-1931**. Santiago: DIBAM, 1993.
- ROLLE, C. **Del cielito lindo a gana la gente: música popular, campañas electorales y uso político de la música popular en Chile**. México: Actas del IV Congreso Latinoamericano, 2002. Disponible en: <http://www.iaspmal.net/wp-content/uploads/2011/12/Rolle.pdf>. Acceso en: 7 enero 2015.
- SABELLA, A. **Norte grande**. Santiago: LOM Ed., 1997.
- TRIVIÑO, G. **La metamorfosis de la muerte en la poesía de Darío, Huidobro y Parra**. Universidad de Chile, 1993. Disponible en: <http://www.nicanorparra.uchile.cl/estudios/metamorfosis.html>. Acceso en: 19 enero 2011.
- _____. Parra, pero también Quino: reescritura de una obsesión. **Atenea**, Concepción, n.495, p.35-52, 2007.
- TRIVIÑOS, G.; ALDUNATE, P. El poeta y la muerte en la poesía de Armando Uribe Arce: hacia una física-poética de la muerte. **Revista Atenea**, Concepción, n.493, p.63-86, 2006.
- VITALES, L. **Intervenciones militares y poder fáctico en la política chilena: de 1830 al 2.000**. Santiago: [s.n.], 2000. Disponible en: http://mazingher.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/j.pdf. Acceso en: 4 feb. 2015.
- YANKAS, L. Poemas de Andrés Sabella. **Atenea**, Concepción, n.400, p.35-45, abr./jun. 1963.

